

luto de Dios que predestina á la salvacion á los unos y á la condenacion á los otros. Y es que la justificacion era más que un principio un arma de guerra; era un excelente medio de reanimar el sentimiento religioso, pues cuanto ménos se otorga al mérito del hombre, más necesaria se hace la fe. Por otra parte, al atribuir la salvacion á Dios, aruinaban los reformadores la dominacion de la Iglesia, porque la Iglesia dominaba á los fieles por su intervencion en las obras meritorias, condicion necesaria de la salvacion; y al disponer del cielo disponía indefectiblemente de la tierra; la Reforma le quitó las llaves del cielo para restituirlas al Cristo.

Sea cualquiera la importancia del dogma de la justificacion, se engañaría quien viera en él la esencia de la Reforma; no es más que un elemento transitorio. Todas las revoluciones tienen un arma de guerra; mientras dura el combate se confunde fácilmente el arma con el fin providencial que, las más veces sin saberlo, se prosigue; pero no tardan en desarrollarse los gérmenes depositados en estas grandes tormentas de los pueblos, y entónces lo que parecía ser el fin no aparece ya más que como un medio, reconociéndose que el verdadero fin, tal como la historia lo descubre, es á veces opuesto á las miras de los autores de la revolucion. Así ha sucedido con la Reforma. Los protestantes han abandonado la doctrina agustiniana de la gracia, porque se reveló su falsedad cuando Calvino la enseñó en todo su rigor y con todas sus consecuencias. Si fuera verdad, como afirmaba Lutero, que la justificacion es toda la Reforma, sería preciso decir que no tiene ya razon de ser, pues católicos y protestantes se hallan casi de acuerdo acerca de la fe y de las obras; pero la verdadera mision de la Reforma no era resucitar los dogmas profesados por San Pablo y San Agustin, sino dar un paso fuera del cristianismo histórico. Si se hubiera dicho á Lutero y Calvino que su reforma tendía hácia una religion más perfecta que el cristianismo, habríanlo rechazado como una calumnia; y, sin embargo, la historia atestigua que ese es el resultado final del protestantismo.

Con la penetracion del odio le dijeron al protestantismo sus enemigos que no pararía hasta llegar al deísmo, es decir, á la negacion del Cristo como Hijo de Dios, al abandono del cristianismo como religion milagrosamente revelada. Los he-

chos han dado razon á estas predicciones. El racionalismo, consecuencia filosófica de la Reforma, rechaza todos los dogmas sobrenaturales del cristianismo, y, por consiguiente, la misma religion cristiana, como procedente del Hijo de Dios. Desde el origen del protestantismo manifestó estas tendencias una de las sectas innumerables á que dió nacimiento; el curso lógico de las cosas ha conducido todas las sectas al socinianismo, ó, por mejor decir, se ha ido más allá todavía. Los *Amigos protestantes* en Alemania, los *Unitarios* en los Estados Unidos, no tienen ya de cristianos más que el nombre; forman la transicion entre una religion antigua y una religion nueva. Al abandonar la doctrina religiosa que le servía de arma en el siglo XVI, se lanza resueltamente la Reforma hácia lo porvenir, fiada en la razon, esta revelacion permanente de Dios en la humanidad.

N.º 2.—Elemento social y político de la Reforma.

La Reforma fué una revolucion esencialmente religiosa; mas ha producido consecuencias sociales cuya importancia no cede á los resultados del movimiento teológico. No es esto una de las contradicciones que se han reprochado tantas veces á los reformadores; toda religion contiene en germen una concepcion política; poco importa que tengan ó no conciencia de ella los reveladores; y aun cuando rechacen todo pensamiento terreno, como Jesucristo, no por eso influye ménos en el destino de los pueblos. Tan cierto es esto, que las revoluciones que agitan nuestro siglo no son otra cosa que tentativas para realizar en el orden civil los dogmas de la igualdad y de la libertad cristianas. La Reforma estaba también llamada á modificar la sociedad, aunque los reformadores se preocupaban sólo de la fe; y se puede decir más todavía, y es que en su mismo principio era tanto una revolucion política como religiosa. Habíase llegado á convertir el catolicismo en una institucion política; la Reforma tenía por mision obrar contra la religion de la Edad Media, y debía, pues, conducir á una revolucion social.

“Parece, dice *Erasmus*, que la Reforma conduce á secularizar algunos monjes y á casar algunos sacerdotes; esta gran tragedia termina por un desenlace cómico, pues que todo acaba con un ma-

trimonio, como en las comedias.” (1). El ingenioso escritor no advierte que, queriendo ridiculizar la Reforma, hacia su apología. Al extremar el catolicismo el espiritualismo cristiano, condujo al monaquismo, que debía realizar la perfeccion evangélica; y Lutero inaugura con su casamiento un nuevo orden social: la naturaleza, tal como Dios la ha formado, recobra sus derechos; el matrimonio es santo, más santo que el celibato, porque es el cumplimiento de una ley divina; santa es también la vida civil, porque Dios ha creado á los hombres para que vivan en sociedad y no para que deserten del mundo, haciendo de su vida una muerte. El fin del hombre en esta tierra no es aniquilar su individualidad y matar sus facultades, sino desarrollarlas, cumpliendo la mision que Dios le impone. El trabajo, en su más lata acepcion, es, pues, santo, mucho más santo que una ociosa contemplacion ó una pobreza voluntaria. La abdicacion de la voluntad individual, que hace de un sér vivo un cadáver, viola los designios de Dios; el hombre no debe obedecer al hombre, sino á la ley, realizacion humana de la voluntad divina.

La concepcion que el catolicismo formaba de la vida tenía por consecuencia la subordinacion de la vida civil á la vida religiosa, de los laicos á los clérigos, del Estado á la Iglesia. Los clérigos, elegidos de Dios, eran los únicos que realizaban el ideal de la vida cristiana; y prevalidos de su superioridad, pretendieron formar un poder espiritual; y la Iglesia, depositaria de este poder, dominaba al Estado, representante de la vida civil, con el mismo título que el alma domina al cuerpo. Quitó la Reforma á la Iglesia la base de su dominacion, poniendo fin al dualismo de la vida en que se fundaba; nada de vida espiritual opuesta á la vida temporal; la vida es una, y toda vida es santa; nada de superioridad del clérigo sobre el lego: todo hombre es sacerdote; nada de poder espiritual, nada de Iglesia; toda nacion es soberana, y la soberania se ejerce sobre las cosas espirituales como sobre las cosas temporales; el sacerdocio no está ya fuera ni por cima del Estado, está dentro del Estado.

En la esfera social y política, no es la Reforma una vuelta á lo pasado, marcha resueltamente por el camino de lo porvenir. La Edad Media fué una

larga lucha para fundar la dominacion universal de la Iglesia, y la Iglesia debía sucumbir, porque sus pretensiones violaban las leyes de la creacion. La creacion es juntamente una y varia: el hombre es uno con sus semejantes por el lazo que á todos nos une en Dios, y es individual, como sér distinto de las demas criaturas; la humanidad es una por el fin que le está asignado, y particular por el genio individual de las diversas naciones. La unidad no puede cumplirse sacrificando lo que hay de particular y de individual, lo cual sería aniquilar al hombre y á la humanidad en su esencia. Rompió la Reforma la falsa unidad del catolicismo, y hay que agradecerle el haber hecho imposible la monarquía universal, así bajo la forma religiosa como bajo la forma política. Para alcanzar este fin, ha exagerado á veces el principio de la soberania individual y de la soberania nacional; no debe considerarse la revolucion religiosa del siglo XVI como un estado definitivo de la humanidad; no es más que un paso en la marcha del género humano, una etapa más que un estado, la transicion, en suma, del catolicismo á la religion futura. La religion de lo porvenir conciliará la libertad del individuo con la autoridad de la sociedad, de la independencia de las naciones con la unidad de la humanidad; será juntamente protestante y católica.

§ II.—Gérmenes de la Reforma en la Edad Media.

N.º 1.—Los testigos de la verdad.

La Reforma es una revolucion, y toda revolucion es la expresion violenta de ideas, de sentimientos, de necesidades que han germinado largo tiempo en el seno de un pueblo ó de la humanidad, y á que se han opuesto diques y represion; mas cuando las ideas son verdaderas y las necesidades legítimas, la resistencia, lejos de contenerlas, les da nueva fuerza. Cada revolucion tiene, pues, sus raíces en lo pasado. Así, la inmensa revolucion que se llama cristianismo fué preparada por la antigüedad entera; filósofos y profetas, políticos y conquistadores aportaron cada uno su piedra para echar los cimientos del edificio destinado á abrigar al género humano durante siglos. Así también la revolucion no ménos importante á que asistimos como actores y como testigos ha tenido sus pre-

(1) ERASMI *Epist.* XIX, 41.

cursores hasta en la noche de la Edad Media; los primeros siervos que pronunciaron las palabras de *libertad* y de *igualdad* inauguraron el movimiento de 1789; un trabajo secular hizo madurar las ideas, y la Asamblea constituyente no tuvo más que formular votos, redactar principios y organizar instituciones que ya existían en la conciencia general.

Tal es la ley de las revoluciones; es necesario que sean por largo tiempo preparadas para que prevalezcan. ¿Se concibe que se produzca una rica plantación donde no se han echado semillas á la tierra, donde el suelo no es apropiado á los árboles que en él deben arraigar? Tan imposible sería una revolución que no tuviera raíces en lo pasado. Á creer, sin embargo, á los católicos, la Reforma habría nacido sin padres; niegan que ántes del siglo XVI hubiera un deseo de revolución religiosa. «La filosofía de la Edad Media, dicen, era esencialmente cristiana y católica; la literatura, en sus grandes representantes, era cristiana; el mismo Renacimiento, á pesar de sus predilecciones por la antigüedad pagana, no había abandonado el catolicismo; y en cuanto á la reforma de la Iglesia, reclamada por los concilios del siglo XV, se refería sólo á los abusos y no á los fundamentos de la fe; podía, pues, y debía hacerse sin revolución, por las vías legales» (1). Según este orden de ideas, la Reforma data del siglo XVI; fué un monje quien la provocó; fué, pues, una innovación; su acta de nacimiento es su condenación, porque todo lo que es nuevo en la Iglesia es por lo mismo falso. Hé ahí lo que no cesa de decir *Bossuet* á los protestantes; y bajo el punto de vista cristiano, sería su argumentación irresistible si fuera en el hecho tan fundada como lo creía el ilustre autor de las *Variaciones*.

Aceptaban los protestantes el cristianismo histórico, y era su pretensión restablecerle en la pureza primitiva; si rechazaban la Iglesia y las instituciones nacidas en la Edad Media, podían apelar á la historia y decir á la Iglesia, que los acusaba de innovadores, que ella misma había cometido ese crimen, si lo era. Pero la ciencia histórica acababa de nacer en el siglo XVI, y los mismos protestantes estaban, además, imbuidos de la preocupación católica contra las novedades en la Iglesia; creían

(1) MOEHLER, en la *Theologische Quartalschrift*, 1831, páginas 89-93.

en una verdad inmutable, y no querían en modo alguno pasar por innovadores. De ahí los esfuerzos que hicieron para crearse una tradición; de ahí las obras sobre los *testigos de la verdad*: «La Iglesia, dice *Flacio Ilirico*, ha participado de nuestros sentimientos durante cerca de tres siglos; ignoraba los errores, los abusos y la tiranía del pontificado; cuando los gérmenes de estas abominaciones se difundieron, los principales doctores los rechazaron; y aún en los tiempos en que el Antecristo de Roma florecía, hubo siempre *testigos de la verdad* que, no sólo se negaron á doblar la rodilla ante el ídolo, sino que lo combatieron con sus palabras, sus escritos y su sangre» (1). Cuando se examinan los *testimonios de la verdad* recogidos por los protestantes, se echa de ver fácilmente que se han colocado en mal terreno. Para probar que la Reforma no es una innovación, tratan que es tan antigua como el cristianismo; pero esto es imposible, y poco trabajo costó á *Bossuet* derribar semejante aparato de argumentación: «Hasta el advenimiento de las herejías del siglo XI no se encuentran, dice, más que sentimientos unánimes en favor de la fe católica; si hay algunos hombres aislados que sostienen tal ó cual error, son reprochados como herejes; ¿cómo pretender que un *Vigilancio* haya conservado el depósito, es decir, la sucesión de la doctrina apostólica, con preferencia á *San Jerónimo*, que tiene de su parte toda la Iglesia? Para encontrar predecesores de la Reforma, hay que descender hasta los valdenses y los albigenses; y como no hay nadie que mostrar ántes que éstos, son culpables del mismo crimen de innovación de que se acusa á los protestantes; no son *testigos*, son *cómplices*» (2).

Bossuet triunfa en apariencia y gracias á las preocupaciones cristianas de sus adversarios. No, la Reforma no es tan antigua como el cristianismo, es una innovación. En este terreno, *Bossuet* es invencible; mas no preveía que había de llegar un día en que, lejos de ser condenada por ser una novedad, sería precisamente glorificada la Reforma por ser una revolución. Sí, Lutero y Calvino son revolucionarios, y en eso está su grandeza; pero Jesucristo también era un revolucionario y el más grande de todos; la innovación es legítima cuando rea-

(1) *Catalogus Testium veritatis*, Prefacio.

(2) *BOSSUET, Histoire des Variations*, lib. XI.

liza una necesidad legítima, y tal fué el cristianismo, tal también la Reforma. No sospechaba *Bossuet*, al condenar desde lo alto de su catolicidad á los reformadores y á sus precursores, que el crimen de que acusaba á los protestantes era crimen de la humanidad, crimen de Dios; es, pues, él, ó, más bien, la Iglesia, en cuyo nombre habla, el verdadero culpable, porque sus pretensiones de poseer una verdad inmutable están en oposición con la ley que Dios ha dado á los hombres: la humanidad está en revolución permanente; la innovación es una condición de su existencia; el día en que se hiciera inmutable perecería. El propio catolicismo, á despecho de su pretendida inmutabilidad, no se ha eximido de una ley que no admite excepción: el dogma, como las instituciones católicas, se han desarrollado progresivamente y se han modificado en el curso de los siglos. Hé aquí la respuesta que da el siglo XIX al autor de las *Variaciones*; no produce ya tal ó cual *testigo de la verdad*; la historia entera es *testigo*, y testigo que nadie recusará, porque la historia es la manifestación de los designios de Dios.

Cierto es que la historia es un libro que interpretan á su antojo las pasiones, los intereses y las preocupaciones; mas con el tiempo, las pasiones se calman, se callan los intereses y ceden su puesto las preocupaciones á una vista más clara de la verdad. Nuestro siglo ha sido tan fecundo en revoluciones, que la palabra innovación, que espantaba á *Bossuet*, ha entrado como una expresión común en el campo de nuestras ideas y de nuestros sentimientos habituales; y aún más bien tenemos que guardarnos del escollo opuesto de aplaudir las revoluciones por el mero hecho de ser una innovación ó de juzgar mal lo pasado por amor á las novedades. Un estudio un poco serio de la historia basta para precavernos de este peligro. Siendo la vida de la humanidad, como la del individuo, una revolución incesante, no hay, por decirlo así, revolución, en el sentido de que no existe innovación absoluta sin raíces en lo pasado. Podemos, pues, decir, con los protestantes, que la Reforma ha tenido sus *testigos*; y como estalla al comienzo de la era moderna, supone esto que la Edad Media contenía los gérmenes de la revolución religiosa del siglo XVI. Los católicos dicen que esta suposición es una quimera; la Edad Media era una época de fe; y ¿cómo admitir que generaciones sometidas

á la Iglesia como el niño á su madre pensarán en una separación, ni concibieran siquiera una sombra de duda sobre la legitimidad de una autoridad incontestable? Si, de otro lado, oímos á los enemigos de la Iglesia, á los detractores de lo pasado, no ménos grande aparece la imposibilidad de que la Edad Media prepare la Reforma; siendo ésta un movimiento de emancipación, de libertad, de heroísmo, ¿cómo comprender que se halle el principio de la vida en una época de muerte intelectual y moral?

Igualmente falsas son estas dos apreciaciones de la Edad Media. El ideal que los católicos se forman de lo pasado no existe más que en su imaginación ó en su deseo; basta restablecer la realidad de los hechos para disipar el ensueño de una edad de creencia sin duda y de una sumisión sin examen: la lucha es inseparable de la vida; la vida fué poderosa en la Edad Media, y la lucha no dejó de existir un solo día. En medio de aquellos combates se perciben con claridad los signos precursores de la Reforma; los libres pensadores de la Edad Media excedieron en audacia á los mismos reformadores; y todavía en el siglo XIX podemos saludarlos como los precursores de la filosofía y de la religión de lo porvenir. Así, los sistemas históricos que desprecian lo pasado son tan falsos como las apologías que lo exaltan. Un escritor eminente se ha hecho recientemente el órgano de estas antipatías; y, cosa singular, es un ardiente admirador de la Edad Media, que, cambiando súbitamente de sentimiento, se ha dado á rebajarla con el mismo ardor con que ántes la había poetizado: «Cúmplese, dice *Michelet*, del siglo XII al XV un movimiento retrógrado en la religión y en la literatura, y desfallecen los caracteres y las fuerzas vivas del alma; el espíritu humano sufre en este período la operación que Orígenes practicó en su cuerpo. La revolución del siglo XVI encontró una muerte increíble, la aniquilación; saliendo de la nada, fué la obra heroica de una inmensa voluntad.» ¿Qué es la Reforma según este orden de ideas? ¿Cómo «en ese gran desierto en que todos agonizan», hubo todavía un hombre? *Michelet* responde que hay en eso un milagro que no comprende (1).

(1) *MICHELET, La Renaissance*, Introduction, página IX y siguientes.

En el desenvolvimiento de la humanidad no hay milagro, todo se encadena como la causa y el efecto; si no alcanzamos á conocer la causa, no apelemos por esto al prodigio, como los pueblos en su infancia; confesemos la debilidad de nuestra razon, ó, lo que sucede con más frecuencia, la ceguedad de nuestras preocupaciones. El cuadro sombrío de la Edad Media que últimamente ha trazado *Michelet* es tan fantástico como el poético que ántes formára, y hay en él, además, injusticia. La religion, dice el historiador frances, está en decadencia del siglo XII al XV. ¿Serian entonces los bellos tiempos de la religion los siglos X y XI, época de disolucion y de anarquía, en que la Iglesia y la religion amenazaban perecer á la par? La literatura es decrepita, continúa *Michelet*: "como que reaparece la imbecilidad del pobre *Fredegario* en ciertos monumentos del siglo XV." ¿Es que *Fróissart* y *Commines* son *Fredegario*? ¿Es que la *Imitacion de Jesucristo* es una obra de estupidez? ¿Es que el *Infierno* del *Dante* es una rapsodia? *Michelet* añade que los hombres habian degenerado al punto de que dejaron de ser hombres; ¿cómo no advierte el ingenioso escritor que caía en un absurdo? ¡El siglo XVI es un héroe, y este héroe, con su salvaje energía, habría tenido por padre y abuelos hombres que ya no eran hombres!

No queremos detenernos más en combatir á un autor que amamos; comprendemos los bruscos cambios de un escritor que es tanto como historiador poeta; el triste espectáculo que ofrece lo presente explica la repugnancia que debe experimentar un hombre de lo porvenir por un pasado que ciegos espíritus quisieran restaurar. Pero tengamos más confianza en nuestras ideas; la humanidad no retrocederá á la Edad Media. Insultar lo pasado es una muestra de debilidad tanto como una obra de injusticia. Somos bastante fuertes para no tener que temer el estudio más serio del catolicismo; cuanto más se lo conozca, más se ahonda el abismo que lo separa de las sociedades modernas. Entremos, pues, resueltamente en el estudio de los hechos, y hagamos á los muertos la justicia que les es debida.

La Reforma es una revolucion intelectual, y ha debido influir en las inteligencias para establecerse y consolidarse. ¿Cómo habría podido remover las almas si no hubiera encontrado ningun eco en la conciencia general? Si fué la Reforma acogida

con tanto entusiasmo, fué porque estaban preparados los espíritus y la esperaban; y esto es tan cierto, que nada enseñaron los reformadores que no se hubiera ya dicho ántes de ellos. El dogma de la justificacion por la fe fué profesado por los precusores que tuvo la Reforma en el siglo XV en Inglaterra, en Alemania y en los Países Bajos; asociaciones religiosas opusieron á la religion exterior de Roma una religion interior que vivía de la fe; el misticismo, que tiene tan profundas raíces en el genio aleman, preparó al pueblo á la reforma del catolicismo; así se explican los rápidos progresos que hizo la Reforma en todas las clases de la sociedad; sin esta larga preparacion, la revolucion sería inexplicable; sería un milagro, es decir, no habría existido.

¿Quiere esto decir que no entráran por nada los reformadores del siglo XVI en la revolucion á que dieron su nombre? No dirémos nosotros que sin Lutero no habría habido Reforma; todo estaba maduro para una revolucion; si el monje sajón no la hubiera hecho, otro la habría realizado en su lugar; que la influencia de los hombres de genio no es tan grande como se supone; ellos son la expresion del estado social en que viven, en el sentido de que si hubieran venido en otra época no habrían ejercido ninguna influencia sobre la sociedad; su accion se debe, pues, á las circunstancias históricas en medio de las cuales aparecen; y estas circunstancias no son ellos quienes las forman, las encuentran al nacer, son la obra de la humanidad; que se desarrolla por sus propias fuerzas, bajo la inspiracion de Dios. No son los grandes hombres los que forman la humanidad, sino la humanidad quien hace los grandes hombres. Y esto es verdad, aún tratándose de los más grandes entre los grandes, los reveladores. San Agustín dice que Jesucristo no vino ántes, porque su venida habría sido inútil, no estando todavía dispuestos los espíritus para recibir la *buena nueva* (1). Se necesitaba, pues, que estuvieran preparados por todo el trabajo de la antigüedad para que se hiciera posible la predicacion evangélica. Lo propio puede decirse de Lutero; si logró separar de la santa sede la mitad de la Europa cristiana, fué porque vino en el momento en que la revolucion estaba madura. Empero no pretendemos, al poner la humanidad

(1) Véase la parte cuarta de estos *Estudios*.

por cima de los grandes hombres, rebajar estas ilustres individualidades en provecho de las masas; los grandes hombres son realmente los elegidos de Dios, son los agentes de sus designios, mas agentes libres, y ésta es su gloria. Entre los más ilustres de estos elegidos se cuentan los que dan el pan de la vida á la humanidad; y despues de Jesucristo, no los ha habido más grandes que los reformadores, pues que han reanimado el sentimiento de la religion, sin el cual no existe la vida.

N.º 2.—La Reforma religiosa.

1.—Gérmenes de la Reforma.

¿Cómo pudo nacer el pensamiento de una reforma religiosa en medio de una edad de fe? La necesidad de la Reforma nació de los abusos y de las faltas inherentes al cristianismo. Hay un elemento supersticioso en las Sagradas Escrituras, y es la señal del tiempo en que aparecieron los profetas y Jesucristo; que ningun hombre, ni aún el más grande, se libra del imperio de las circunstancias en cuyo seno se desenvuelve; y de ahí la mezcla necesaria de imperfeccion que vicia más ó ménos todas las obras humanas. En vano ponen los cristianos su religion por cima de la esfera de cambios y perturbaciones en que las pasiones se agitan; las mismas palabras de Aquel á quien veneran como Dios prueban que participaba de los errores y las preocupaciones de su época. Ábrase el Evangelio, y á cada paso se verá que se trata de ángeles y de demonios; á cada página se encuentran sucesos imposibles; aquí se encarna Dios en el seno de una Virgen; allí Jesucristo y los apóstoles resucitan á los muertos é imponen su voluntad á la naturaleza. De otra parte, por pura que sea la moral evangélica, no está al abrigo de toda censura: cree Jesucristo en el próximo fin del mundo; ¿de qué sirven, pues, entónces los cuidados de la vida? Se debe abandonar y despreciar el mundo para no pensar sino en la propia salvacion: de aquí un espiritualismo excesivo que destruye las condiciones de la existencia, tal como Dios la ha formado. Los ritos instituidos por Jesucristo son actos cuyo misticismo raya en la supersticion: bautismo que nos abre el reino de los cielos; cena en que el Hijo de Dios da á comer su cuerpo á sus discípulos. En fin, al enviar á los apóstoles á difundir la

buena nueva entre los hombres, les confiere Jesucristo el poder de atar y desatar, poder inconciliable con las leyes de la razon y que conduce á los abusos más repugnantes.

Hay, pues, gérmenes de supersticiones y de abusos en la misma predicacion de Jesucristo. Añádase á esto el medio en que el cristianismo se desenvolvió: el mosaismo con sus observancias legales, el paganismo con sus mil divinidades, el mundo germánico con su barbarie, y se comprenderá que bajo la influencia de tales circunstancias habían de borrarse ó desnaturalizarse los elementos de eterna verdad que contiene la *buena nueva*; los elementos supersticiosos, las preocupaciones, los errores transitorios debían crecer y concluir por imperar. Tal fué lo que sucedió. No debe hacernos caer la teología católica en ilusion acerca del estado real de las creencias. En vano se habla de la concepcion metafísica de la Trinidad; la Edad Media no conocía más que un Dios, Jesucristo; y aún iguala á su poder el de su Madre, verdadera Diosa, que por tal ha quedado en la religion popular. Mas no bastan á pueblos infantes un Dios y una Diosa; necesitan divinidades más accesibles, con las cuales pueden tratar como de igual á igual; los ángeles y los santos son los semidioses del catolicismo; la distincion que hacen los teólogos entre el culto de *dulia* y el de *latría* no ha sido jamas comprendida por las masas. Al lado de estos genios benéficos pone la Edad Media un sér maléfico que lucha con Dios, que interviene en los actos diarios de la existencia de los hombres, que tiene sus adoradores y su culto. La religion práctica y la moral estaban á la altura de la teodicea: la adoracion de la Virgen y de los santos es un verdadero fetichismo; la misa y los sacramentos son ceremonias exteriores que obran como *mágicos encantamientos*, sin trasformar las costumbres; obras materiales constituyen el ideal de la devocion. El culto de la Virgen y de los santos se convierte en principio de desmoralizacion, y el poder que se arroga la Iglesia de abrir y de cerrar por sus indulgencias las puertas del cielo hace de la penitencia un cálculo y de la salvacion una operacion de banca.

Hé ahí, no el catolicismo teórico, mas las supersticiones y los abusos del catolicismo real; y podría, por consecuencia, decirse, sin grande exageracion, que la religion de la Edad Media, y bajo